

terráneos que se extienden á grandes distancias y que duran mucho tiempo. Tales fueron los de Guanajuato en Méjico, que duraron mas de un mes, desde el 9 de enero de 1784, y concluyeron sin el mas mínimo sacudimiento.

Hera-  
canes.

Los vientos, ó como allí dicen los huracanes, soplan tambien con extraordinaria furia: arrancan centenares de árboles como si fueran ligeros arbustos, y dejan tras de sí la desolacion y la muerte. En Buenos Aires, el día 12 de enero de 1795 cayeron treinta y siete rayos; en abril del mismo año, el viento levantó las aguas del Río de la Plata, tanto que en el fondo pudieron verse restos de antiquísimos naufragios, y despues de repente el río volvió á seguir su curso.

Vege-  
tacion.

Variadísima es la vegetacion en América, desde las criptógamas hasta las palmeras, desde el banano al helecho arbóreo de los trópicos. Y tanto como varió las especies la naturaleza, lo mismo dispersó los individuos, de suerte que, en vez de inmensos espacios cubiertos de yerbas y plantas sociales, como entre nosotros, se encuentran allí mezclados en un mismo terreno las mas diferentes: lo cual imprime un carácter particular á las selvas americanas.

Ani-  
males.

Faltan á América los animales de Europa, la cual por el contrario no posee los de América. No se encontró allí ninguno de nuestros animales domésticos; faltaban el búfalo, la cabra, la hiena, el chacal, el gallo silvestre, el gato de algalia, la gacela, la gamuza, el cabron silvestre, el macho cabrío, el conejo, el huron, el raton, el topo, el liron, el topo blanco, la marmota, la mangosta, el tejón, la marta zebellina, el armiño, el elefante, la jirafa y el rinoceronte. En cambio aparecieron el orangutan, el chimpancé, todos los gibones, los babinos, las bertucas. Ninguna especie de monos del antiguo mundo se encuentra en el nuevo, ni vice versa (1), lo cual sucede tambien respecto de otras razas, aunque se les han aplicado los nombres de las conocidas. En América se encontraron la puina, el yugarondi, el ocelote, la alpaca, el aguti, el puerco de la India, las mofetas y tambien el tatú, el perezoso, el hormiguero, los gerbos, que presentaron un nuevo modo de generacion vivípara, esto es, la de los animales con bolsa. Podría decirse tambien que en América se encontró otro reino animal paralelo al del antiguo: así, en el órden de los paquidermos, á nuestros puercos y jabalies corresponden el pecari, el tayasu, el tapir: á nuestros gatos el yaguar, el ocelote; el cuguar á los tigres, panteras y leones, y á nuestros rumiantes el llama, la alpaca y la vicuña del Perú, que suplian con desventaja la falta de nuestros ganados domésticos (\*).

Los animales de América son por lo general ménos gruesos que los de Europa. Nuestro

(1) Se entiende en la América del Sur. En la Septentrional penetraron algunas razas y recíprocamente.

(\*) El que quiera mas pormenores puede buscarlos en la Aclaracion última al presente libro.

caballo se multiplicó allí, y en muchos puntos en el estado natural; las cabras, las ovejas y los bueyes llevaron á aquel país riquezas mas positivas que las que de él recibíamos. Sus castores, buscadísimos por su piel, que fueron por mucho tiempo la principal riqueza del Canadá, hoy han sido ya descastados. Enormes culebras desarrollan sus largas espirales entre las selvas, ó se cuelgan de las ramas haciendo sentir desde lejos sus amenazadores silbidos, y en las riberas se arrastran grosísimas tortugas y nutrias preciosas. Pero donde la naturaleza desplegó toda su riqueza, fué en las aves, desde el gigantesco condor de los Andes, desde el catarto rey y la arpa de la Guyana hasta el colibrí, el pajaro mosca, los flamantes y curucu dorados, y todas las demas *flores volantes*.

Aquellos altísimos troncos, sobre cuya aérea cima ondean al menor suspiro del viento las umbelas y abanicos de las palmeras; aquellas selvas de plantas desconocidas, no violadas aun por el hacha, sino unidas entre sí robustamente por nudosas yerbas y membrosas lianas que reverdecian aun despues de marchitas las raíces como las memorias que sobreviven á las tumbas, merced á los afectos que ligan á los vivos con los muertos; aquellos árboles que suministran á un tiempo mismo comida, bebida, habitacion y vestido, al paso que otros proyectan una sombra que mata y como el envidioso se forman un círculo mortífero, dentro del cual no puede vivir el mas pequeño arbusto; aquellos insectos gigantes que irremediablemente persiguen las habitaciones, las naves, las personas del colono; aquellos ríos de muchas millas de anchura que de repente se recogen entre dos rocas ó precipitan su inmenso raudal por montañas; aquel cielo imperturbablemente sereno por una larga estacion, mientras que en otra se desgarran en irrefrenables diluvios, todo esto debia herir extraordinariamente la imaginacion de los primeros descubridores.

Despiertan principalmente la admiracion las noches bajo el cielo austral pobladas de las magníficas constelaciones del águila, de la nave de Argos, del centauro, del serpentario, de la cruz, de muchas nebulosas interrumpidas por espacios de un oscuro mate. La luna se levanta muchas veces coronada de una ancha aureola blanquecina y de otra menor de arco iris, separadas la una de la otra por un anillo azulado; en ocasiones se adorna Venus con diademas semejantes, y de trecho en trecho anchas fajas coloradas surcan el cielo, ó le enrojecen lluvias de estrellas que caen. Como para rivalizar con el firmamento, grandes luciérnagas espantan las tinieblas, algunas de las cuales tienen tanto esplendor, que su luz basta para iluminar una estancia, guía al Indio en sus expediciones nocturnas, y mejor que el diamante resplandece en la frente de las hermosas. Únase á esto una solemne calma que parece invitar al hombre al reposo: al hombre que por el contrario fué allí á causar desolacion y estragos.

Figurémonos el mundo de entónces, rejuvenecido por la barbarie, y no despojado todavia de sus fantásticas ilusiones; figurémonoslo no hablando sino de armadas que se preparan para darse á la vela, noticias que llegan, viajeros que vuelven, exploraciones nuevas, nuevos frutos, nuevas aventuras, nuevas noticias, y todo acogido por la curiosidad, todo exagerado por la arrogancia de los narradores y por la imaginacion de los oyentes, todo mezclado por una parte con las ideas religiosas y con las supersticiones heredadas de la edad média, y por otra con las dudas científicas que la nueva edad ofrecía. ¡Qué cúmulo de ideas nuevas, qué insólitas tintas para la fantasía, cuántos lazos á la credulidad, cuántos mentís á doctrinas tenidas por irrefragables!

Al aspecto del nuevo continente, los primeros navegantes se propusieron ya los problemas que todavia atormentan hoy la docta curiosidad: ¿de dónde vinieron los Americanos? ¿son una especie única? ¿cuánto y cómo se desvió del tipo primitivo? los pueblos, los vegetales, los animales, ¿emigraron de otro Atlántico? ¿qué parentesco hay entre sus idiomas? ¿qué causa mueve los vientos alisos y las corrientes oceánicas? ¿qué causa hace el calor descender en la rápida pendiente de las Cordilleras y en los abismos del Océano? ¿todos aquellos volcanes obran uno sobre otro? ¿son ellos la causa de los terremotos?

Las cuestiones físicas pertenecen á otras ciencias; á la nuestra el estudio del hombre. Pero ¡qué falta de materiales! Los conquistadores imitaron á los Romanos destruyendo los caracteres antropológicos de las sociedades indígenas; los misioneros, para insinuar la religion, abolieron las reminiscencias de la idolatria; la política borró los vestigios de las nacionalidades; los doctos estaban demasiado lejos de haber planteado los problemas y combinado lo necesario para resolverlos, y por tanto andaban á tiéntas tras arbitrarios sistemas ó incierta curiosidad.

Afortunadamente muchas cosas fueron trascritas y aun impresas aunque sin entenderlas; los archivos españoles se atestaron de curiosidades que ahora apenas pueden explorarse: Boturini (1), Acosta, Garcilaso de la Vega, reunieron muchas particularidades de las cuales se aprovecharon despues Clavigero, Kingsborough y Humboldt. Quedan todavia pinturas históricas, hechas en el siglo XVI por

(1) El caballero Lorenzo Boturini Benaducci, Milanes, probablemente de Valtellina, fué á estudiar á los mismos lugares la historia de los indígenas de América; mas los celos de España le arrebataron sus riquísimas observaciones y se le envió como prisionero de Estado á Madrid en 1733. La soberana eleccion le declaró inocente, sin restituírle el fruto de sus trabajos, de suerte que no pudo hacer mas que publicar el catálogo de lo que habia reunido al fin del *Saggio sulla storia antica della Nuova Spagna*. En los archivos de esta perecieron la mayor parte: algo llegó á manos del arzobispo de Toledo, que publicó algunas pinturas donde estaban descritos los tributos de los Méjicanos. Otras pueden verse en la coleccion de Hakluyt, publicada por Purchas, y en el viaje de Gemelli Carreri.

los Indios convertidos de Tlascala, Tezcucó, Cholula y Méjico; los datos oficiales de los vireyes de la Nueva España, actas de la audiencia, respuestas de los funcionarios públicos á preguntas hechas por el consejo de Indias: materiales todos que bien aprovechados, podrian aproximarnos á la resolucion de las cuestiones que se ofrecen acerca de la poblacion y civilizacion primitiva de aquel continente.

¿De dónde vinieron los Americanos? Los filósofos del siglo pasado, crédulos en todo lo que no era la fe, resolvian sencillamente la cuestion diciendo, que así como por todas partes se encuentran animales, de la misma manera se encuentran hombres por todas partes. Pero suponer una raza indígena y propiamente americana, es incompatible no solo con las tradiciones bíblicas, sino tambien con el hecho que las tribus del Nuevo Mundo no tenían un tipo comun. Los primeros viajeros á quienes chocaron, como suele suceder, las semejanzas, aseguraron que, á excepcion de las cercanías del círculo polar, formaban todos una raza única, distinta por la conformacion del cráneo, barba rara, cabellos lacios, color bronceado que tira á cobrizo, cuerpo pequeño, ojo oblongo con el ángulo levantado hácia las sienas, mejillas prominentes, labios gruesos, mirada profunda en desacuerdo con la suave expresion de su boca. En un espacio tan inmenso como el que média entre la Tierra del Fuego y el Golfo de Bhering, se encontró semejanza en las fisonomías, de modo que Pedro Cieza de Leon, uno de los conquistadores del Perú, y los dos hermanos Ulloa, que recorrieron tanta parte de América, dijeron que los habitantes de esta parecian hijos de un mismo padre y de una misma madre.

Tanto se repitió esto que pasó en autoridad de cosa juzgada; pero el creciente estudio hecho sobre aquel pueblo lo contradice, y aunque en efecto no se encuentra una raza que tenga mas deprimido el hueso frontal, ni la frente ménos saliente, y aunque todos pertenecen á los *leyotrixos*, esto es, á los que tienen lacios los cabellos, ofrecen sin embargo, exceptuándose á los Esquimales árticos, tantas diferencias en estatura, fuerza y color, cuantas pueden presentarse entre Árabes, Eslavos y Persas.

Esto no obstante, el capitán Gabriel Lafond, que viajó cuidadosamente por el Nuevo Mundo, reduce á los Indios á una sola familia modificada por el clima y con cuatro variedades bien distintas. La primera es la de los pueblos que habitan el Norte en Unalasca y en la costa Noroeste, semejantes á los de la Tierra del Fuego; los Méjicanos, los Chilenos, habitantes de las llanuras del Norte y de las pampas del Sur, forman la segunda variedad; la tercera la constituyen los Peruanos del Guzco, de Quito y sus cercanías; la última los Indios salvajes todavia, errantes en las Floridas, en la Lui-

siana, en Yucatan, en la república de Goatemala, en las riberas del Darien, del Orinoco, de las Amazonas, en el Chaco, en las Guayanas, en lo interior del Brasil y en los confines del Paraguay.

Infinita es también la variedad de sus lenguas, tanto que en el Paraguay se contaban cincuenta y cinco, veinte en Nueva España, catorce de las cuales tienen gramática y diccionario bastante copioso; lenguas que no pueden decirse dialectos de una misma, pues difieren entre sí más que el persa del alemán ó el francés del eslavo (1). Además se atribuyen dos mil idiomas á toda América, algunos extinguidos después de la conquista; de otros no se ha recogido más que alguna palabra pronunciada por papagayos educados por los indígenas; de otros quedan algunos pocos restos en las antiguas tribus; al paso que algunos, usados antiguamente en un vastísimo país, sirven todavía de comunicación entre varios pueblos, aunque dotados de lenguaje propio. Así todas las tribus de Chile y las pampas de Buenos Aires y de la Patagonia se entienden por medio del puelcho, y con el guarano los del Paraguay y del Chaco Oriental. Los misioneros trataron varias veces de reducir á una lengua sola la de los pueblos rendidos por ellos, principalmente en la América Meridional; pero fueron vanos sus esfuerzos. Sin embargo, Duponceau, Gickering y Gallatin, grandes filólogos, hallan semejanzas gramaticales aun en donde faltan las verbales.

Los insuperables ríos, la gigantesca vegetación, la configuración del terreno, y el cuidado que hay en los trópicos de no exponerse al calor de las llanuras, interrumpían las comunicaciones y causaban la variedad de lenguas. Añádase á esto que todavía no se las conoce lo bastante para reunir las en grupos, ó enlazarlas con lenguas extinguidas y reconocer el aire de fraternidad que se presenta en ciertas formas gramaticales, en la modificación de los verbos y en la multiplicada variedad de los afijos. A pesar de esta variedad, indicio de un tosco aislamiento, la disposición artificial de algunas de ellas anunciaría cultura y estudio, si las lenguas se formasen por los hombres; algunas no habladas más que por salvajes, como el groenlandés, el cora, el tamanaco, el totonaco, el chicua, tienen tal riqueza de formas gramaticales, que no se encuentra en nuestro continente sino en el Congo y entre los Vascos, reliquias de los Cántabros antiguos. Casi en todos los verbos expresan con inflexiones particulares la relación entre el sujeto y la acción, entre aquel y los objetos, y les dan formas particulares para expresar los pronombres reflexivos en cada persona: artificio maravilloso y tanto más notable cuanto que es común á lenguas diferentísimas en todo lo demás. Así en general los idiomas del conti-

(1) Humboldt, *Estudio sobre Nueva España*, lib. II, 4.

nente americano, al paso que difieren mucho entre sí por las palabras, se aproximan por el orden gramatical, y por el contrario, si por aquellas tienen alguna semejanza con nuestras lenguas, por este se diferencian completamente. En Nueva España la lengua otomí, que es la más divulgada por toda ella después de la azteca, por su composición monosilábica y por los radicales, se asemeja mucho al chino; pero ¿quién se atrevería á suponerla derivada de esta, cuando se encuentra aislada en el corazón de aquel continente?

¿Cómo, pues, deducir de aquí si los Americanos son una ó muchas razas? Las portentosas semejanzas entre los Etruscos, Egipcios, Tibetinos y Aztecas, aunque tan apartados unos de otros, dan indicios de emigraciones parciales del Norte y del Oriente del Asia, pero aunque de estas se deduzca la proveniencia de los maestros, estos á la verdad debieron encontrar una gente anterior, y no bastaron para alterar la especie, y aun cuando se explique cómo se encontraron en América usos y animales nuestros, quedará todavía por explicar lo más difícil, á saber, por qué en aquel hemisferio había animales particulares no conocidos antes en el antiguo.

Al que insista en preguntarme de dónde vinieron los Americanos, le preguntaré yo: en un mundo que hace tantos siglos se está estudiando, ¿de dónde provinieron los Godos, los Celtas y los Oscos? ¿por qué el vascoense se habla entre idiomas europeos radicalmente diversos? Hay problemas que no pueden dilucidarse sino por un solo libro.

Nada induce á creer que América saliese del mar posteriormente, ni que posteriormente llegase allí la humana estirpe, y quizá las comunicaciones de aquella raza con las otras precedieron á los tiempos en que se separaron los Mogoles, los Indios, los Tungusos y los Chinos. Después fueron pasando sucesivamente (no se me pregunte el cómo) gentes cultas, que trasplantaron la civilización á varios puntos, donde se encontró, ó se encuentra floreciente, iniciada apenas ó que ya ha perecido, sin que por eso se conozcan las relaciones que existieron entre un centro y otro. En donde quiera que sobrevivía alguna tradición, recordábase la aparición de extranjeros educadores; pero cuestiones que la arbitraria erudición del siglo XV explicó á su capricho, lo avanzado del nuestro las deja sin resolver. En Manco Capac, en Boquica, en Quetzalcoatl que con la barba y el bordon habían venido á enseñar la civilización, no reconocemos á Santo Tomás como hacían los misioneros; pero ¿quiénes son? Aquel Votan de los Chiapaneses que lleva el nombre de la divinidad cartaginesa y de la escandinava, ¿de dónde provenía? Aquellos libros que los salvajes de Ucayala conservaban con veneración, sin entender una palabra de ellos, ¿quién los había escrito? Y las muchas cruces sepultadas ó esculpidas en sus monu-

mentos, y la flor del loto y los clavos semejantes á los del Nilo, y la circuncisión y las palabras griegas y fenicias, ¿de dónde provinieron? La erudición no queda hoy contenta como en un tiempo con los temas hebreos ó griegos; pero en la presente universalidad ¿qué es lo que responde? Y entre tantos sueños ¿cuáles tienen mayor realidad? ¿los que salen por la puerta de cuerno, ó por la de marfil? ¿los de los frailes en el siglo XVI, los del naturalista del XVIII ó los del filólogo del siglo XIX?

Los sacerdotes que vinieron con los primeros descubridores se admiraron de encontrar entre los Mejicanos memoria de una madre de los hombres que pecó, de un diluvio de que se salvó una sola familia, de un inmenso edificio erigido por el orgullo de los hombres y anatematizado por los dioses. La costumbre de lavar á los niños recién nacidos, de formar pequeños ídolos con harina y distribuirlos en partículas al pueblo en el templo, de confesar los pecados, de aislarse los hombres y las mujeres en una especie de conventos, y la creencia de que la religión y la política del país habían sido cambiadas por Santos blancos, que llevaban una barba larga, hicieron adoptar la opinión de que ya otras veces habían llegado allí misioneros cristianos. Aunque no se pueda desmentir precisamente tal suposición, debe reflexionarse que se han encontrado ideas semejantes en los pueblos del Asia Meridional, entre los Shamanes, entre los budistas, de quienes es posible las recibiesen los Mejicanos; procedencia confirmada quizá por el dogma de la metempsicosis, común entre los Tlascaltecas.

Las cuatro edades del mundo, dogma fundamental de la geogonía de los Indios y de los Tibetinos, las encontramos en el Perú, como también ciertas formas calendarias de los Mogoles, y otras circunstancias que indicarían haber procedido aquellos legisladores del Asia Oriental y de pueblos en contacto con los Tibetinos, con los Tartaros Shamanes, con los Ainos Barbos de las islas de Yesso y de Sagalia. Pero ¿cómo conciliar el budismo, tan lleno de mansedumbre, con los ritos sanguinarios? Además, hallamos aquí poblaciones, donde las mujeres depositan á los niños en el polvo de madera podrida, como las Tungusas; hombres que quitan á sus enemigos la cabellera, como los Escitas; Incas que labran la tierra, como los emperadores chinos.

Así, pues, algunos, por ejemplo Gomara, hacen proceder á los pueblos de América de la Camanea; Adair encontró en ellos semejanzas con las costumbres judaicas; Huet y Kircher acudieron á los Egipcios; Campománés á los Cartagineses; Grocio á los Noruegos; De Guines y Jónes á los Hunos y á los Tibetinos; Forniell á los Japoneses, y todos han tenido en parte razón. Pero Humboldt, que ha observado cuidadosamente las semejanzas con los Asiáticos, concluye por creer que los Americanos se

separaron muy pronto del resto del mundo, ejecutando ellos mismos la obra de su civilización sobre un fondo común de tradiciones primitivas. Aun cuando la América no esté unida con el Asia por el Norte, ¿quién impedía á una emigración tártara ó mogola, saliendo de la Siberia, atravesar el Estrecho de Behring? Este sistema, que ha prevalecido mucho tiempo, está apoyado en el hecho de que varias tribus de la Siberia han llegado así á América en los tiempos modernos (1). Pero ¿cómo creer que las naciones civilizadas de Méjico y el Perú procediesen de las hordas salvajes del Nordeste del Asia, ó que partiendo de los países meridionales de esta hayan atravesado las regiones heladas sin dejar tras sí ningún vestigio? Por otra parte, se ha notado que los Malayos navegaban maravillosamente desde los tiempos más remotos; se han encontrado pobladas todas las islas del Grande Océano, desde el Asia hasta las de Pascua, y muchos casos han demostrado con qué rapidez puede multiplicarse un pequeño número de individuos, arrojados por un naufragio á una isla desierta.

La dificultad no consiste en saber cómo ha podido poblarse la América, pues que está probado que ha habido frecuentes emigraciones de nuestro hemisferio al otro; pero la historia de aquellos pueblos, anterior al descubrimiento, permanece en las tinieblas, y solo aparece que las emigraciones, en vez de destruir la civilización, como en Europa, la llevaron á aquella parte del mundo.

El doctor Waren de Boston examinó muchos cráneos, hallados en la América Septentrional en eminencias que han debido ser construidas hace ocho ó diez siglos, para uso del culto ó para que sirviesen de sepulcros, y le parecieron diferentes de los nuestros, como también de los de los Indios actuales, y hasta de todas las demás naciones conocidas: la frente es más ancha y más elevada que la de los Indios de la América del Norte; pero menos que la de los Europeos; las órbitas de los ojos son pequeñas y regulares; las mandíbulas prominentes, aunque no tanto como en los Indios; el cielo de la boca redondo; las fosas nasales menos dilatadas que las de los Indios y de los Africanos, aunque más que las de los Europeos, con la singularidad de que el occipucio está aplastado artificialmente. Otros cráneos, encontrados á más de mil quinientas millas de distancia, fueron reconocidos como pertenecientes á Peruanos antiguos, si bien algo alterados; lo que induce á suponer cierta afinidad entre estas naciones, y que la raza del Norte fué expulsada por los padres de los Septentrionales modernos, habiéndose retirado después de una larga resistencia á la América del Sur, donde

(1) Como los Chippeways (*Diario de Mackenzie*, p. 387, 413), los Siveux, los Osages, los Pawneis (*Expedición de Pike*, parte I, pág. 63; parte II, p. 9, 44) y otros.

darian origen á la nacion que fundó el imperio del Perú.

No debe omitirse la circunstancia de que los adornos y los huesos sacados de estos túmulos se asemejan á los del Indostan (1). Se ha encontrado tambien gran semejanza entre los Japoneses y los pueblos de la llanura de Bogotá; la misma costumbre de vestirse de algodón, de cultivar los cereales, de vivir en vastas comunidades, sometidas á un rey y á un pontífice; su complicado calendario tiene los mismos ciclos de números y dias, y el período de sesenta años, y en el idioma de ambos falta la letra *l* (2).

Esta raza americana, poco numerosa, se extendia al traves de los dos hemisferios, desde los 68° de latitud septentrional hasta los 55° de latitud meridional, habitando al nivel del Océano unas doscientas toesas mas elevadas que el pico de Tenerife, y ni la cercanía á la línea contribuyó, como en el antiguo continente, á broncear su tez.

El istmo de Panamá divide la América en dos partes, sin relaciones evidentes entre sí; aunque se notan ciertas analogías en las revoluciones políticas y religiosas, desde donde empieza la civilizacion en los diferentes pueblos. Se advierte una educacion mas adelantada en los habitantes de Méjico, del Perú y de los Muisquios. Ya hemos visto que los Europeos encontraron en Méjico imperios reunidos por un vínculo jerárquico, el principio de una administracion centralizada, el feudalismo establecido á consecuencia de una revolucion reciente, repúblicas independientes y belicosas, gobernadas por un patriciado hereditario; vastas ciudades con una política perfecta; propiedades territoriales de una especie particular; un sacerdocio poderoso, rico, organizado, el comercio, la industria, el refinamiento aristocrático; todo esto juntamente con costumbres serviles, hijas del despotismo y de una religion sanguinaria. Los primeros viajeros se admiraron al ver los caminos abiertos al traves de las Cordilleras, las moles del Cuzco, las pirámides y pinturas de los Mejicanos, y nos las han descrito con verdad; pero es de sentir que no nos hayan trasmitido por medio del dibujo monumentos que despues han destruido el tiempo ó el fanatismo.

El tono declamatorio de Solís y de otros escritores que nunca habian salido de España, desacreditó los relatos de los que verdaderamente habian visto aquellas comarcas, y pareció propio de filósofos tratar de charlatenerías los hechos referidos por Clavigero en su historia de Méjico. Fué preciso, para que se creyesen, verificar nuevos descubrimientos en otros países; se necesitaron viajeros realmente filósofos, que no se desdenasen de mostrar su admiracion

(1) *Mém. Encyclopédique*, 1839, lib. 95.

(2) PARAVEY multiplicó las comparaciones en su *Origen único de las cifras y letras de todos los pueblos* (inglés).

hacia lo que no podian explicar. Los monumentos de mas antigua civilizacion se descubren al Norte de los grandes lagos, donde quizá se detuvieron las poblaciones emigrantes, despues de haber perdido sus ganados por efecto del frio, y dejaron groseros vestigios de su tránsito entre los hielos y los montes de aquellos desiertos. Algunos subieron hacia los hielos del Norte, donde encontraron pieles y peces; otros se esparcieron por los hermosos bosques, y á las orillas de los lagos y de los rios, y los hubo tambien que penetraron en la península meridional, ocupando poco á poco los áridos desiertos, las sabanas cubiertas de yerba, las formidables gargantas de los Andes, las llanuras fangosas y fértiles, los perennes valles, las ásperas y estériles alturas, las soledades salinas, las arenas y los pantanos. Luchando con una naturaleza tan poderosa, no les fué dable pulirse; sin embargo, dejaron grandiosos monumentos primitivos en las orillas del Ohio, del Illinois, del Misuri, del Tennessee; luego (¿quién sabe á consecuencia de qué acontecimientos?) atravesaron las Cordilleras y fundaron los imperios de Méjico y el Perú.

Ya hemos mencionado algunas de las antigüedades de Méjico, donde cada dia nuevos descubrimientos atestiguan las comunicaciones de aquel pueblo con los del Nilo y el Mediterráneo, como tambien su origen oriental. En diciembre de 1842 la sociedad de anticuarios de Lóndres recibió una carta del capitán Napéan, que aseguraba haber hallado en la isla de los Sacrificios, en el Golfo Mejicano, ídolos, instrumentos músicos, vasos, y entre otros objetos, dos estatuas de barro, de dos piés de altas, con los ojos cerrados, los labios abiertos, anillos en la nariz y en las orejas, y el cuerpo pintado de encarnado y azul. Estos objetos difieren de los que se encuentran en la América Central, al paso que se asemejan á los del mundo antiguo; las estatuas á los ídolos egipcios; las hachas de piedra á las de los Celtas, que abundan en Francia é Inglaterra. En el mismo año el alemán Uhde volvió de Méjico, despues de haber pasado allí veintitres años en investigaciones históricas y arqueológicas, con una rica coleccion de antigüedades, muchas de las cuales prueban las relaciones de aquel país con el mundo antiguo; cincuenta y dos vasos de barro, de un pié á pié y medio de altura, se parecen á los etruscos, y están cubiertos de figuras que representan divinidades griegas, romanas, egipcias, indias: se aguarda el catálogo y la explicacion.

No es solo allí donde existen monumentos de una remota antigüedad, sino tambien en países que en la época del descubrimiento no conservaban ninguna señal de cultura. En 1840 se encontraron en los desiertos de la América del Norte los restos de una gran ciudad medio sepultada y de que no habla ninguna tradicion. Estos monumentos antiquísimos de un mundo que llamamos sin embargo nuevo,

Monu-  
mentos.

pueden dividirse en dos clases: unos que son el resultado de la fuerza, como armas, utensilios, túmulos; otros que son propios de un pueblo adelantado en las artes y en las ciencias.

Pertencen á los primeros los extensos diques y los baluartes de algunas ciudades; las obras ya mencionadas de los Toltecas, Pelasgos de aquel mundo; los inmensos atrincheramientos descubiertos en los Estados Unidos, desde el lago Ontario hasta el Golfo de Méjico, y entre los Alleganis y las montañas Pedregosas. En el Cuzco y en Hollaytayambo, los antiguos Peruanos sobrepusieron, no pedruscos, sino verdaderas rocas, perfectamente unidas, sin conocer, no obstante, cemento, palancas ni otras máquinas (1). Cerca de Caxamalca, en el Perú, se ven las ruinas de una vasta ciudad, con casas escalonadas: las mas bajas están hechas de piedras que tienen hasta doce piés de largas y siete de altas, y que probablemente fueron extraídas de un canal subterráneo que conducia las aguas á la ciudad al traves de la montaña. Vastísimos recintos poligonos, con dos hileras de banquetas, en medio de sitios estériles y desprovistos de agua, en el Estado del Ohio, parecen haber sido destinados, no á proteger las cabañas de las tribus, sino á los crueles espectáculos del asesinato de los prisioneros: hombres entendidos en el arte de la guerra han alabado, como muestra de inteligencia de táctica, la disposicion angulosa de aquellas ciudades, algunas de las cuales presentan muros hasta de veinticinco metros de espesor en su base (2).

Se ven por todas partes túmulos de formas diversas, los mas de pequeñas dimensiones; pero hay uno en el Misuri, cuya base tiene dos mil cuatrocientos piés de circunferencia, y que cuenta ciento de elevacion. Enfrente de San Luis un centenar de ellos están esparcidos en varios grupos, la mayor parte alineados de Norte á Mediodía y en forma de paralelogramos. Brackenridge cree que existen mas de tres mil solo en la Luisiana, algunos con cuatrocientos metros de anchura y setecientos de extension, en los cuales se encuentran esqueletos, armas y medallas de cobre: y en toda la Union no bajan de cinco mil las construcciones de esta clase (3). Semejantes ruinas se extienden por

(1) Comunicacion de M. Gay al Instituto de Francia en 1840. Stevenson pretende haber reconocido un cimiento de arcilla en las grandiosas ruinas que se encuentran cerca de Caxamalca.

(2) Ruego al lector que compare lo que se dice aquí con las ideas emitidas sobre la arquitectura primitiva en el lib. II, cap. 22.

(3) *On the population and tumuli of the Aborigenes of north-America*.

Brackenridge cuenta mas de quinientos túmulos, algunos de los cuales comprenden mas de cien fanegas de terreno. Radnesque asegura que visitó en el Kentucky quinientos monumentos antiguos, y mil cuatrocientos fuera del Estado. Véase tambien á

BECK, *Gazetier*.

LATROFF, *Paseo por Méjico*.

DEL RIO, *Palenque*.

WALDECK, *Viaje arqueológico y pintoresco*, y tambien los viajes de Stephen y de otros; las memorias de la sociedad filosófica americana y de la Academia de Nueva York.

un grande espacio, empezando desde el Estado de Nueva York, y estrechándose á lo largo de los Alleganis al Occidente: al Sur se dirigen hacia la Georgia Oriental hasta el Océano en la parte mas meridional de la Florida; al Occidente, abundan en las orillas de todos los rios hasta mucho mas arriba de las fuentes del Misisipi y aun del Golfo de Méjico. No tocan en el Atlántico sino por la Florida, ni llegan al Mar Pacífico ni á los países frios: lo cual desmiente á los que colocan la primera residencia de aquellas naciones en la Florida; pues se ha observado, por el contrario, que los núcleos de las poblaciones se han formado siempre á orillas de los rios y de los mares, al paso que aquí, al acercarse al Atlántico, desaparecen los vestigios.

Si reflexionamos que sobre tales monumentos han crecido inmensos bosques, y que estos, segun el testimonio de personas inteligentes, se han renovado por dos veces sobre algunos de ellos (aunque las selvas, una vez devastadas, tardan mucho en reproducirse, como que aun en el dia se distinguen las que fueron destruidas por los conquistadores), deberemos suponer antiquísimo el origen de tales construcciones.

Hemos acostumbrado al lector á buscar en los sepulcros pruebas de la civilizacion de un pueblo, y la América presenta muchos que indican una generacion anterior á la raza roja. Se ha descubierto uno en Cincinnati, cuya forma oval corresponde á los puntos cardinales, y demuestra ciencia arquitectónica: contiene objetos de jaspe y de cristal, carbonizaciones, huesos cincelados, planchas de plomo, cobre, mica, utensilios domésticos hechos de conchas. Á nueve millas S. E. de Lancaster, en el Ohio, se encontró una mole de ciento cincuenta piés de circuito y diez y nueve de altura, dentro de la cual habia una mina de tierra erial, con diez y ocho piés de largo, ocho de ancho, uno y medio de alto y por cubierta una piedra labrada: encima de esta piedra estaba un vaso

Septu-  
cros.

BRADFORD, *Antiquity americ. y On the origin and history of the red race*, 1844.

WARDEN, *Recherches sur l'antiquité des Etats-Unis de l'Amérique septentrionale*.

ORBIGNY, *El hombre americano, ó Viaje á la América Meridional*.

La opinion de Bradford es que los tres mayores grupos de monumentos antiguos en los Estados Unidos, en Nueva España y en la América Meridional, muestran ser obra de las ramas de una misma familia; que esta debia estar civilizada, con artes, culto nacional y un gobierno regularizado: la uniformidad física y moral prueba que aquellas naciones tenian un origen comun, y que las tribus rojas son los restos, que se volvieron salvajes, de una sociedad culta; que á aquellas naciones civilizadas pueden asignarse dos épocas: la una muy antigua, que duró largo tiempo, si bien indeterminado, y sin alterarse la tranquilidad; la otra agitada por disensiones nacionales é irrupciones de pueblos salvajes; en ella se verificó la caída de los antiguos imperios y la fundacion de uno nuevo mas vasto. Los primeros establecimientos civiles se hicieron en la América Central, desde donde la poblacion se extendió á las dos Américas, empezando en el Cabo de Hornos y acabando en el Océano Ártico. Bradford encuentra la raza roja en Egipto, en Etruria, en Madagascar, en la antigua Escitia, en Mogolia, en China, en el Indostan, en el Archipiélago Malayo, en la Polinesia, en la América.